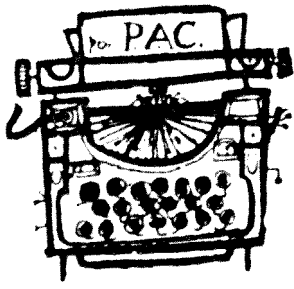


escrito a máquina

La Otra Cara de Los Arquetipos



(CARTA A PEDRO JOAQUIN CHAMORRO)

Querido Pedro Joaquín: He leído con creciente interés la carta que nos dedicas a José Coronel, a Ernesto Cardenal y a mí sobre "Nicaragua, la Historia y el "Businessman" de hoy día" llena de sugerentes temas. Me agrada que ampliando tu horizonte de luchador político te lances a navegar sobre la gran preocupación de nuestra época: el Hombre (y para nosotros, concretamente: el Hombre Nicaragüense). Pero al gusto de leerle has agregado la inquietud de tus interrogantes. Contestar a ellos no es posible en un artículo. Incluso es difícil resolverse por un tema cuando son tantos los que tientan. Tu carta puede dar pie a un libro en diálogo y a varias voces. ¡Ojalá!

Cada Civilización, cada época histórica —nos dices en tu carta— ha producido un arquetipo. El estrellero místico de la "astronomocracia" maya. El hombre "Kalós-Kagatón" (bello y virtuoso) del helenismo. El "ciudadano" romano. El "honest-homme" de la cultura francesa. El "junkner" alemán. El "knight" británico. El "hidalgo" español... etc.

Todos estos "hombres ideales" o arquetipos concretaban o encarnaban las virtudes —o lo que consideraban virtudes— supremas del hombre sus pueblos respectivos. Tales ideales se fueron creando y fijando a través del proceso de sus correspondientes historias con el aporte de sus grandes hombres, de sus héroes, de sus hazañas, de sus caudillos, de sus poetas, de sus artistas y de sus sacerdotes.

Sin embargo, frente al arquetipo hay que buscar siempre en la sombra, dibujado con oscuros colores antagónicos — al "anti-tipo", es decir, al que cargó sobre sus espaldas, en el dolor, la elaboración de ese ser selecto, de ese elemento aristocrático o de élite que encarnaba el ideal de cada pueblo. No sabemos, por ejemplo, cómo era el ante-tipo del Maya de las estelas y los templos: el maya de los ranchos sobre cuyas espaldas se levantaba la maravilla de esa civilización que nos deslumbra entre las selvas de Copán o del Petén. Sí sabemos que Neruda —como poeta— pregunta por el ante-tipo de la gran Civilización de Macchu-Pichu cuando ve las alucinantes construcciones de piedra e interroga a sus constructores:

"Macchu Pichu, pusiste

pedra en la piedra, y en la base, harapo?
y sospecha que "Juan Cortapiedras, hijo de Viracocha, Juan Comefrío, hijo de la estrella verde" —o sea, el indio trabajador— fue un esclavo explotado (como lo fueron los siervos de los faraones en Egipto) para levantar esa arquitectura estupenda, morada de Príncipes arquitectos y arquetipos.

Es el mismo caso de Grecia. Su humanismo clásico produjo el arquetipo griego creando una cultura del ocio. Una minoría selecta debía vacar y dedicarse al ocio y la teoría —mientras una mayoría de bárbaros y de esclavos era obligada al trabajo y a producir (de allí viene la palabra negocio, nec-otium, los que carecen de ocio, los esclavos, que permitían al griego humanista dedicarse a una "cultura DESINTE-RESADA" porque ellos cargaban con la preocupación de sus intereses). Fue, pues, un humanismo basado sobre una tremenda inhumanidad.

¿No lo fue también el esplendor de Versalles? ¿No supuso un vasto mundo de explotación colonial, la existencia del "caballero" británico y un mundo de obediente sumisión y de deprimente disciplina soldadesca el orgulloso arquetipo del junkner alemán?

De todos los arquetipos de Occidente, el que logró un ámbito más democrático fue el hidalgo español. Como todos los arquetipos occidentales —hijos del griego a pesar del cristianismo— el hidalgo veía de menos el NEGOCIO en cuanto éste significaba trabajo personal. El trabajo era para el villano. No poco influyó en la decadencia moderna de España este concepto de la hidalguía. Cuando todo el mundo se volvía negociante al arquetipo hispano se negaba al negocio. Pero con el arquetipo hispano de la Hidalguía se produjo un fenómeno inusitado que nos corresponde en pleno porque bajo el signo de ese fenómeno se hizo América:

Un hombre genial produjo un libro en el cual —por primera vez— se unían y fraternizaban el arquetipo y el ante-tipo de una cultura. Don Quijote, el hidalgo, y Sancho, el villano, se asociaban para realizar la aventura del Hombre. El libro de Cervantes hubiera significado solamente un interesante testimonio del humanismo español y de su estupendo derrotero hacia una democratización de la aristocracia, si no hubiera existido América. Porque América fue la empresa en la cual se realizó el Quijote. América fue hecha por villanos que se sentían hidalgos, por Sanchos que se convertían en Quijotes. América fue hecha por el antetipo hispano que se convertía en Arquetipo. El español americano es la mezcla cervantina del idealista y del realista, del demócrata-aristócrata, del que lucha

contradictoriamente por la fe y por el oro, y se mueve entre la mística y el refranero. Extraño injerto de ocio y negocio que vino a mezclarse con el indio en un desconcertante contrapunto de violencia y de matrimonio, de guerra y amor, de explotación y mestizaje.

Ningún conglomerado de pueblos ha surgido en la historia con características tan contradictorias y tan fecundas como Hispanoamérica. De allí que sea absurdo tratar de resolver nuestros problemas con esas recetas "standards" "PARA PUEBLOS SUBDESARROLLADOS" que nos traen con tanta frecuencia nuestros técnicos y que ignoran o pretenden ignorar el complicado mundo espiritual y cultural —e incluso antropológico— que subyace y se mueve y altera todos los presupuestos — debajo de nuestra socio-economía.

Por eso mismo es demasiado prematuro hablar de un arquetipo. Estamos todavía en un período constituyente, lleno de antítesis a las cuales se ha venido a agregar la influencia —casi siempre disolvente— de los Estados Unidos. Aquí entraría el estudio sobre la influencia del arquetipo burgués-industrial-americano del "Businessman" que tú nos propones y que en otra ocasión estudiaré.

El problema es grave. Ante esa influencia super-poderosa ¿tendremos posibilidad de elaborar el nuevo arquetipo hispano-americano que planteó el mestizaje?

Los grandes imperios aplastan a sus enemigos pero también destruyen —por la simple influencia de su grandeza y de su riqueza— la originalidad y las elaboraciones autónomas de aquellos que llaman SUS amigos.

Nos ha tocado desarrollarnos en el vecindario de un gigante. ¿Cómo salvamos la flor de nuestro arquetipo de sus pisadas aplastantes?

¿O tendremos que desarrollar una flor de cardo, erizada de defensas espinosas, fruto de la desesperada lucha por el ser?

PABLO ANTONIO CUADRA